Rutilii Claudii Namatianii *De Reditu Suo* / Rutilio Claudio Namaciano, *Acerca de su regreso*, introducción, notas e índice de nombres de Amparo Gaos Schmidt, versión rítmica de Rubén Bonifaz Nuño, México, UNAM, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, 2008, LXV + 29 + CCXLVII pp.

RECEPCIÓN: 16 de enero de 2009.

ACEPTACIÓN: 23 de marzo de 2009.

El canto del cisne

Cuando se piensa en Roma antigua, generalmente se suelen recordar el último siglo de la República y el primero del Imperio; la historia de la ciudad que fue durante centurias el centro del mundo evoca nombres deslumbrantes: los Escipiones, Catón, Mario, Sila, Cicerón, Julio César, Catilina, Pompeyo, Marco Antonio. Recién inaugurado el imperio por Augusto, su artífice, otra cascada de personalidades aparece de inmediato, a veces teñida de sangre y fuego, con historias que aún consiguen sorprendernos, como si hubieran salido directamente de alguna publicación de nota roja: Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón. Menos frecuente incluir a Vespasiano, a Tito, a Trajano, a Adriano y Marco Aurelio. Pero no mucho más. Constantino tal vez.

Y junto a esta pléyade, como si fuera otra cara de la misma moneda, surgen los grandes escritores: de nuevo Cicerón y César, Catulo, Lucrecio, Virgilio, Ovidio, Horacio, Marcial, Propertio, Juvenal, Séneca; Tito Livio, Tácito, Suetonio —a quien debemos parte de la “leyenda negra”—, Quintiliano, Plinio, Petronio, Apuleyo. La historia de una civilización que marcó el devenir de Occidente en unos cuantos nombres; cada uno de ellos, sin embargo, ha sido leído y estudiado, traducido y disfrutado desde entonces. En una lista hecha a vuelapluma, evidentemente faltarán muchos, relegados en ocasiones a un injusto olvido, a ser la sombra o la orilla de la luz del mar.

Entre ellos, ignoto, se encuentra Rutilio Claudio Namaciano.

Pero recuperado, exhumado para los mexicanos, sus directos destinatarios, por la labor de dos insignes filólogos: Amparo Gaos Schmidt y Rubén

RESEÑAS

Bonifaz Nuño. Ellos se dieron a la tarea de ofrecernos en un volumen la poesía de este romano, de origen galo, aristócrata, quien escribiera “con estilo fácil, puro y elegante de quien ha estudiado con provecho a magníficos maestros”, la descripción del viaje que hizo, durante el año de 417, acompañado ya de los estruendos del derrumbamiento del Imperio que amaba: él no lo sabía aún, y por eso transmite tan gran admiración por su ciudad, la eterna:

Escucha, reina de tu mundo bellísima,
entre sidéreos polos, oh Roma, recibida;
escucha, madre de hombres y de dioses,
no lejos del cielo, somos por tus templos.
Te cantamos y cantaremos siempre, mientras dejen los hados:
salvo ser, sin memoria de ti, ninguno puede.

[...]

Una sola patria hiciste a pueblos diversos:
dominante tú, a injustos convino ser tomados,
y mientras das, a vencidos, consorcios de propio derecho,
urbe hiciste aquello que primero era orbe.

Testimonio sentido, pero agri dulce también, pues así como describe otras ciudades, sus glorias pasadas, los azares del arte de la navegación y los nombres de quienes con sus gestas encumbraron la historia de su pueblo, así también habla del poder corruptor del oro, fustiga al traidor Estilicón y destila ponzoña contra los odiados cristianos y judíos.

La introducción al poema, ejemplo de buen oficio filológico, se compone de tres partes; la primera, titulada “La pervivencia de Roma”, después de una breve comparación de la obra de Namaciano con la de otro contemporáneo suyo, pero de distinto signo, Claudio Claudiano, describe el contexto de esos difíciles años, bajo el poder ya de Arcadio y de Honorio, hijos de Teodosio, quienes de forma inexperta e influenciados por sus respectivos tutores, intentaron mantener el rumbo frente a terribles dificultades: la influencia creciente de un senado poderoso, la extrema dificultad para defender las fronteras, tanto en el Oriente como en el Occidente, y la presencia de jefes bárbaros, como Alarico, quienes, aun cuando se les había permitido asentarse dentro de las fronteras del imperio, ambicionaban mucho más. De esos tiempos convulsos ambos poetas proporcionan datos fidedignos, aunque Namaciano fue preferido por Amparo Gaos porque, como apunta, “atrajeron mi atención y mi simpatía su carencia de oportunismo servil y, sobre todo, el haber leído, hace ya muchos años,

que había merecido ser llamado el último cantor de Roma por haber escrito los más bellos versos que la Urbe hubiera inspirado nunca; que jamás Roma había despertado en nadie tan grande amor, tan absoluta fidelidad, tan ciega confianza”.

Sigue, todavía esta primera parte, con una información escrupulosa de los pocos datos biográficos que del autor se pueden obtener, y de los dos elementos del poema: la objetiva y puntual descripción del viaje, y el elemento subjetivo, que son los contrastantes sentimientos del poeta; por un lado, el inmenso amor por Roma, por el otro, una especie de racismo contra los traidores, los bárbaros y los seguidores de credos monoteístas.

La segunda parte consiste en una “Datación del viaje de Rutilio Namaciano”, en la cual se corrige el año del viaje normalmente aceptado, 416, y se proponen punto por punto las distintas fechas del periplo. La tercera es una “Descripción de la obra”, del poema compuesto por dísticos elegíacos “elegantemente ornamentados por toda suerte de artificios retóricos”. Enseguida se ofrece el poema, que está dividido en dos libros –además de los fragmentos A y B, hallados apenas en 1973–, y la traducción, versión rítmica de Bonifaz Nuño: como es ya su costumbre, la vierte de tal forma apegada al original, que para el lector poco atento puede resultar ciertamente poco clara; sin embargo, mérito también siempre presente, es que consigue reproducir en el castellano la musicalidad del original.

Cierran el volumen sendos aparatos de notas al texto latino y español, práctica de esta colección, y un cuidado índice de nombres que dan muestra, de nuevo, del esmero y de la erudición con que Amparo Gaos preparó esta edición, la primera en México hasta donde tengo noticia. Un detalle que llama la atención son las ilustraciones, cosa inédita en la colección bilingüe, pero que brinda una agradable sensación de novedad.

¿Será excesiva la analogía entre las postrimerías del Imperio que canta Rutilio Namaciano con las que experimenta nuestra sociedad contemporánea, el llamado fin de los tiempos modernos? Creo que el ejemplo más nítido que este autor nos ofrece es, precisamente, el mantener el oficio de poeta justo cuando los tiempos no parecen benignos ni el futuro promisorio. Canto de cisne, dicen que el más bello, canto último, pero canto siempre.

MAURICIO LÓPEZ NORIEGA

Departamento Académico de Estudios Generales
Instituto Tecnológico Autónomo de México